



Felicidad y sentido de la vida

Todos tenemos alguna experiencia de la felicidad, pero nadie sabe definir qué es esa cosa que llamamos felicidad. Si hacemos un experimento socrático y salimos a la calle y pedimos que nos la definan obtendremos las más diversas y hasta peregrinas respuestas. Cada uno la supone depositada en un objeto, una actividad, un estado o una dinámica de vida concorde con lo que es el sujeto que la define. De manera que, 24 siglos

después, parece ser que la cuestión sigue estando donde Aristóteles la dejó: todo el mundo aspira a la felicidad, “pero acerca de qué es la felicidad dudan, y no lo explican del mismo modo el vulgo y los sabios”.

Algo, sin embargo, es distinto. Así como la felicidad tiene grados, la duda también los tiene y la época que nos toca vivir se ha instalado en la duda y en la provisionalidad de toda certeza. Esta

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

condición del hombre moderno agrava sobremanera las posibilidades de alcanzar una meta, la felicidad, que ya de por sí apenas acierta a entender y definir, tanto es así, que su contenido se podría decir que es indefinible e inalcanzable, y los caminos que conducen a ella parecen perdidos en la niebla de nuestras confusiones y, en el mar de la duda, apenas divisan muchos la tierra firme de la dicha.

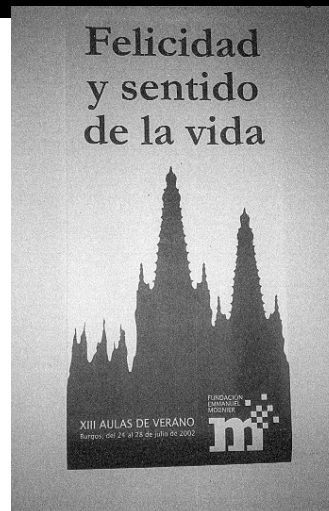
Además la explicación del vulgo y de los sabios tampoco nos aclara mucho más, puesto que respecto a la felicidad, se acercan más algunos ignorantes que otros muy sesudos pensadores que la saben disecar, aunque para ello la tienen que matar. El camino a la felicidad se parece al del Reino de los Cielos, tiene cruces en los que los humildes y pequeños saben orientarse, mientras los sabios y poderosos se pierden.

En las XIII Aulas de Verano hemos hecho nosotros el experimento socrático preguntando a los humildes y a los sabios y, también, a los sabios humildes. He aquí sus respuestas para provecho del lector.

Eloy Bueno de la Fuente nos dice que ser moral, ser persona y ser feliz confluyen porque reciben el alimento y la vida de la alegría de vivir la misión que nos constituye, fruto de una llamada, signo de un amor que nos precede y se vuelca incondicionalmente con nosotros. De este modo, la felicidad es vivir agradecidamente el don recibido, en solidaridad con los demás y en cercanía a los que sufren.

José María Pérez-Soba parte de la experiencia budista y la del Islam sufí para indagar el contenido universal de la felicidad. Su conclusión nos advierte que todas las religiones reconocen una fuente de felicidad única y fuera del alcance de nuestros solos esfuerzos. Con diferentes nombres han llamado los creyentes a la Ultimidad o Misterio: Nirvana, Dios... pero quien lo ha experimentado sabe que en Él se encuentra el sentido de la vida y que Él da la plenitud, la paz, la reconciliación consigo mismo, con la humanidad y el universo entero. La persona que busca la felicidad ha de atinar para ir a su encuentro, transitar por los caminos por los que la Ultimidad viene a nosotros, pues ella se da a sí misma gratuitamente.

Carlos Díaz nos dice que el secreto gratificante de la felicidad está más bien en darla que en ansiarla, pues “cuando hemos renunciado a nuestra dicha y nos contentamos con hacer dichosos a quienes nos rodean, es cuando comenzamos a ser dichosos”. Nos recuerda lo



que todos deberíamos saber, aunque raramente lo aprendemos: la felicidad es inseparable de la bondad del corazón, si no es así sería una felicidad falsa. Busquemos la justicia con pasión, cumplamos con nuestro deber y la felicidad vendrá por añadidura.

Xosé Manuel Domínguez nos hace ver que la felicidad tiene que ver con la fertilidad personal, fruto del crecimiento ascensional de la persona a medida que actualiza su vocación. En la realización de la vocación en comunidad y en apertura a la Persona Absoluta nos encaminamos, por la vía del entusiasmo, hacia la plenitud en que consiste la felicidad.

Begoña Orbañanos nos dice que la felicidad no depende de la grandeza de nuestros trabajos o la importancia de nuestras obras, por el contrario, la capacidad de ser feliz consiste en nuestra capacidad de ser protagonistas de nuestras vidas y en la capacidad de amar a todo lo que nos rodea.

Paqui Romero testimonia la compatibilidad del sufrimiento con la felicidad y denuncia la mentalidad de nuestra época, proclive a condenar al inútil, al enfermo, al moribundo, al que no puede gozar de la vida, a la “decencia” de abandonarla, pues así no perturbará la inconsciencia del fuerte, sano y útil. Ante esto, y para desengaño y vergüenza de los ansiosos de felicidad, nos señala un valor más alto: “El pobre, el que sufre... no clama ¡felicidad!, sino ¡justicia!”.

Encarna Ayuso nos propone un camino difícil hacia la felicidad: la militancia. Felicidad en el sufrimiento, el dolor, la persecución, el desprecio... recordemos que las bienaventuranzas sólo son paradojas aparentemente y que se resumen en dos: bienaventurados los pobres y bienaventurados cuando os persigan...

Por último, José Seco expone respuestas y actitudes ante la pregunta por el sentido de la vida, es decir, doctrinas y testimonios, para invitarnos, finalmente, a ser testigos, militantes de la esperanza —“arma de los desarmados”— que alimenta todas las utopías, cura todos los fracasos y fortalece para la donación de la propia existencia.

Con estas respuestas y con su propia reflexión, esperamos que el lector pueda dar una respuesta personal a la pregunta por la felicidad, pero, sobre todo, esperamos que se oriente mejor en la búsqueda de la difícil felicidad a la que pueden aspirar los que quieren ser justos y aman la libertad.